

pues de haber predicado á los grandes de la tierra y llenado con feliz éxito las cátedras de la corte y la capital, se consagró en sus últimos años al cuidado de los pobres, y se fué á derramar el consuelo en las cárceles y hospitales. Su nombre y sus servicios son títulos de gloria para la sociedad de la cual fué miembro. Entraba Masillon en su carrera, y aunque por diferente ruta, ya marchaba al mismo objeto. Recurrió este mucho mas á los medios de un arte poderoso sobre el ánimo de los hombres. Mas, si se valió de las armas de la elocuencia, no se olvidó de las de la lógica. Profundizando la conciencia de sus oyentes escudriñaba los mas recónditos pliegues de su alma y los confundía haciendo retratos, donde cada cual se reconocía á sí mismo con asombro y con rubor. La pureza de su moral, la sabiduría y unción de sus consejos, su habilidad en hablar al corazón, sus pinturas tan variadas de la doctrina cristiana, sus cuadros tan sorprendentes de los funestos efectos de las pasiones, su profundo conocimiento de nuestra miseria en fin, hicieron de él un orador consumado. Noble y patético, abundante y variado, conmueve, persuade, arrastra: su *Adviento* y su *Cuaresma* presentan una riqueza de locucion y una fecundidad de pensamientos tal que encantan al hombre de gusto y al fiel: su *pequeña Cuaresma* compuesta despues para un rey niño, deberia ser el código de los grandes. Elevado al obispado bajo la regencia, Massillon dió á su clero el ejemplo de las virtudes sa-

cerdotales, é hizo esas *Conferencias eclesiásticas* que los inteligentes colocan en la esfera de sus sermones. Feneció en Clermont con la reputacion del hombre mas elocuente que tuvo la Francia en la carera de la predicacion. Despues de Bourdaloue y él, pero con un grande intervalo, hubo predicadores cuyos servicios apreciara la Iglesia y cuyo buen gusto no desdice de sus escritos. El abate Anselmo, los padres Bretonneau, Houdry, la Rue, Terrasson tuvieron á principios de este siglo reputacion de buenos predicadores. Bastide, Belhomme, de Aubenton, Hermant, Richard, Thorentier, aunque menos apreciados, pueden tambien proporcionar recursos á los que profesen igual carrera.

No eran los moralistas menos numerosos que los predicadores. Eclesiásticos seculares y regulares, alimentaban la piedad de los fieles, por medio de obras, muchas de las cuales han llegado hasta nuestros dias, sin que dejasen de ser útiles muchas otras á los autores mas modernos. No nombraremos sino rápidamente á Avrillon, Girard, de Gonnellieu, Martineau, Maugras, Vaubert, Morel, Treuvé, etc.; dejando al lector el cuidado de distinguir á los que han escapado de la injuria del tiempo, y que obtienen todavia algun lugar en las bibliotecas de los eclesiásticos, ó de personas piadosas.

Manos laboriosas y ejercitadas cultivaban tambien con fruto el campo de la historia, de la eru-



dicion y de la critica. Fleury habia ya empezado á publicar los primeros volúmenes de la *Historia eclesiástica*, obra redactada con una sencillez y candor verdaderamente admirable. Échase de ver en ella que su autor amaba sinceramente la Iglesia, y que, no semejándose nada á esos hombres, quienes, citándole á cada paso y preciándose, tal vez de ser tan equitativos como él, quisieran que los vicios de ciertos personajes, los abusos introducidos algunas veces en las cosas mas santas, y otros inconvenientes que deploran los verdaderos cristianos, recayesen sobre la misma religion. Fleury ha puesto al frente de algunos volúmenes de su *Historia* discursos muy preciosos, donde pasa los hechos en revista y deduce reflexiones la mayor parte atinadas, que anuncian un espíritu exacto, una crítica juiciosa y un alma honrada. Este apreciable historiador fué util tambien á la religion con otros escritos, igualmente sólidos, compuestos sin pretension ninguna, y sin mas mira que la pública utilidad.

El abate de Choisy se dió á conocer por algunas historias particulares, y una general de la Iglesia, olvidada completamente desde la aparicion de la de Fleury. Dupin publicó su *Biblioteca de los autores eclesiásticos*, coleccion, muy superior á sus fuerzas, cuyas equivocaciones y errores escitaron el celo de Bossuet. Amelot de la Houssaye, lego, merecia reconvenciones todavía mas graves, por su afeccion á traducir al francés los escritos de

Fra-Paolo y Maquiavelo. Le Gobien levantaba las primeras colecciones de *Cartas edificantes*, interesantes monumentos para la historia del cristianismo en las comarcas mas remotas, las cuales continuó el padre du Halde de la misma sociedad. Helyot daba á luz su *historia de las órdenes monásticas*. Limitábanse otros á redactar pedazos de historia menos estensos, y escribian vidas de santos ó personajes recomendables por su piedad. Tales fueron Baillet, Marsollier, á quien se lee todavía con interes, Grandet, Fontaine, le Nain, y Villefore á quien su calidad de académico no ha preservado del olvido, no siendo por otra parte ni muy exacto ni muy imparcial.

Por lo que toca á erudicion, distinguíase una corporacion laboriosa y sabia, la de los Benedictinos de Saint-Maur. Brillaba en ella un hombre de mérito eminente, religioso tan humilde como profundo erudito, el célebre Mabillon. Celoso partidario de los estudios monásticos, habia demostrado sus ventajas con su propio ejemplo. Sus numerosos escritos, sirviendo á la religion, honraron en gran manera su claustro. Su edicion de San Bernardo, sus *Actos de los Santos de la orden de San Benito*, sus *Anales de la misma orden*, su *Liturgia Gálica*, sus Cartas y memorias sobre diferentes objetos de crítica y erudicion, son de un hombre superior á los objetos que trata. Viajó en Alemania, en Italia, en Francia, buscando manuscritos, estudiando monumentos, consultando sa-



bios, é instruyéndose cada vez mas en las antigüedades eclesiásticas. Él hizo nacer en su congregacion una emulacion laudable por el mismo género de trabajo. Ruinart, su alumno, le acompañó en sus viages y le ayudó en sus investigaciones. Débense á él los *Actos sinceros de los Mártires*, donde refuta una paradoja del Inglés Dodwell. Publicó tambien una edicion de San Gregorio de Tours. Massuet, Martianay, Martenne, Montfaucon, siguieron las mismas huellas, descubrieron preciosos manuscritos, publicaron ediciones esmeradas de algunos Padres, y se distinguieron por medio de una crítica esclarecida. Acababa de terminarse en esta orden una importante empresa, tanto bajo el aspecto literario, como bajo el aspecto religioso. Blampin daba una edicion de San Agustin, edicion que habia exigido muchas investigaciones y mucha crítica, y que habia sido ejecutada con una exactitud y correccion, no esperada sino de una reunion de hombres, que vivian en comunidad, nunca distraidos por los embarazos que acarrear los negocios del mundo. Eran en verdad maravillosamente útiles para el progreso de los conocimientos, esas corporaciones consagradas al retiro, esas asociaciones, donde todo era comun, donde los mas adelantados en edad se ocupaban en formar á los jóvenes, donde se perpetuaban por una asidua comunicacion las tradiciones de la ciencia y los medios de adquirirla. Nada se perdía en estos laboriosos asilos; lo que uno no tenia tiempo para concluir, otro,

animado del mismo espíritu y ayudado con los mismos socorros, lo continuaba. Guardábanse allí preciosos manuscritos; bien escogidas bibliotecas estaban á la disposicion de cualquiera que quisiese instruirse, y bastaban por lo comun para inspirar tales deseos. Así es que los hombres mas grandes del siglo XVII salieron de estas corporaciones religiosas. Los Benedictinos, el Oratorio, los Jesuitas, contaban muchos individuos émulos, quienes se ocupaban sin cesar en trabajos importantes y estudios graves. En la época en cuestion se preparaba otra empresa en la congregacion de Saint-Maur; á saber la del nuevo *Gallia cristiana*. Jugó el principal papel en esta obra Dionisio de Sainte-Marthe, el cual fué despues general de la congregacion. Heredero de un nombre querido de los literatos, sostuvo el honor de su familia con obras de controversia, historia y crítica.

Los demas sabios, que en 1701 se distinguieron en erudicion especialmente eclesiástica, eran Baluze, versadísimo en el conocimiento de manuscritos y otras piezas archivadas, y editor de muchas obras curiosas; Pezron, Cisterciense, quien sostuvo la cronología de los Setenta, publicó la *Antigüedad de los tiempos restablecida*, como y tambien muchas otras obras de crítica; le Quien, dominico, el cual escribió contra el sistema del padre Pezron, dió una edicion de san Juan de Damasco, y recogió los materiales de una grandé obra publicada despues de su muerte, bajo el título de *Oriens*



*Christianus*; Bernardo, Lami, del Oratorio, el cual estudió mucho la sagrada Escritura y dió á luz una *Demostracion de la santidad y verdad de la moral cristiana*; el padre de Tournemine, jesuita, quien reunía muy varios conocimientos y refutó á su cofrade Harduino. El abate Boileau, hermano del célebre satírico, afectó distinguirse por la eleccion de los objetos que tratara y por el modo como los trató. Puede decirse otro tanto de Thiers, cura, el cual fué sin embargo un escritor menos caústico y paradójal que Boileau. El padre Daniel, jesuita, conocido por la publicacion de muchas obras de historia, trabajó tambien sobre varias materias de teología y crítica. Entabló controversia con el padre Alejandro, despues con el padre Serry y tentó la refutacion de las *Provinciales*. Lenglet-Dufresnoy, quien pertenece mas propiamente á una época posterior, empezaba ya desde entonces á lanzarse en la carrera de la erudicion. Muchos de sus escritos son estraños á nuestro objeto. Los demas son en general bastante atrevidos, singulares y caústicos. Colonia, jesuita, se hallaba instruido en antigüedades eclesiásticas. Su *Religion cristiana autorizada por el testimonio de los antiguos autores paganos*, es una obra recomendable. Maucroix, canónigo de Reims, traducía en nuestra lengua escritos de padres estrangeros. Petitdidier, muerto obispo en Macra, se ejercitó en muchos objetos de crítica, teología é historia. Francisco Lami, benedictino de Saint-Maur, relacionado por

cartas con Fenelon, fué autor de algunos escritos filosóficos y morales. Nada diremos de las disputas de Malebranche con Arnauld y con Boursier. Mas sus *Controversias cristianas*, sus *Meditaciones cristianas y metafísicas*, sus *Conversaciones sobre la naturaleza de Dios* encierran una sana filosofia. Este célebre oratoriano, estaba en posesion de una verdadera piedad y un sólido juicio.

Despues de haber recorrido rápidamente el estado de las ciencias eclesiásticas y de la literatura religiosa en Francia, á principios del siglo XVIII, veremos luego que el esmero de la edificacion no estaba menos en boga. Las congregaciones instituidas en el siglo precedente por santos sacerdotes, los seminarios fundados por piadosos obispos; los retiros establecidos por San Vicente de Paulo habian introducido, ó conservado en el clero la buena disciplina, el amor de su estado y el celo por sus funciones. Los eclesiásticos adheridos á las parroquias de la capital se distinguian generalmente por su regularidad. Escelentes curas sostenian el espíritu de religion entre los ministros y sus rebaños. Bastará nombrar á de la Chetardie, cura párroco de san Sulpicio, hombre tan piadoso como instruido, el cual rehusó muchas veces el obispado. No habia casi diócesis que no presentase algun grande ejemplo de religion y de virtud. Aquí la Trapa, la cual parecia no haber perdido nada con la muerte de su célebre reformador, y que conservaba todo el fervor introducido en ella por este



hombre penitente; allá Sept Fons, donde el émulo piadoso del abate de Rancé, don Eustaquio de Beaufort, habia renovado la antigua disciplina y donde mas de cien religiosos reproducian con la autoridad de su vida los tiempos de los Benitos, de los Brunos, y de los Bernardos. Sobre las fronteras del Luxemburgo y de la Lorena, Orval reformado por el abate de Montgaillard hubiese avanzado mucho mas largo tiempo por la senda penitente, si este monasterio no se hubiese visto en fin juguete de un espíritu de intriga y de disputa, bajo el abate de Bentzeradt, hombre piadoso y respetable por otra parte, pero, segun parece, demasiado facil y prevenido. Igual reflexion puede hacerse con respecto á la abadía de san Policarpio y el abate de la Fitemaria mereciera los mismos elogios que el abate de Rancé, como lo hubiese imitado en todo. En Provins otro abate comendatario renunció á los honores para sepultarse en un profundo retiro. Hijo de un canciller de Francia, el señor de Aligre practicó durante mas de sesenta años las mas rudas austeridades. Pan, agua y frutas, hé aquí sus únicos alimentos; empleaba ademas los dias en hacer plegarias, velas y en trabajar con sus manos. Reparó los lugares regulares de su abadía, enriqueció su iglesia, compró una biblioteca, fundó una cátedra de teología y escuelas de niños, señaló crecidas rentas para treinta huérfanos que debian vivir en comunidad, y á pesar de tantos gastos, hallaba todavía recursos con que socorrer á

los pobres. En Nuestra Señora del Valle en la diócesis de Baieux, el abate Druel de Angouille, amigo del abate Rancé y comendatario como él, se hizo, á par de esto, abate regular y cumplió con sus deberes. Junto con el abate de Aligre rehusó el obispado. El abate de Urfé, en Uzerche, el abate de Peyrissat, en Bonaigue, el abate de Serent, en Prieres, mostraron el mismo celo por la disciplina religiosa. Fyot, limosnero del rey y abate de San Estevan de Dijon, convertia su abacial en un seminario para los pobres clérigos que llevaban comun vida con él, y consumia su renta tanto en esta buena obra, como en otras liberalidades. En Ruan, el abate de la Salle, que se hizo pobre por el amor de los pobres, fundó un instituto destinado á la instruccion de los indigentes, objeto de su constante solicitud. En Bourg en Bresse, el abate de Sainte Colombe, de una antigua casa del Delfinado, fué á ocultar su nombre en un hospital, donde no se daba á conocer sino por su humildad y sus servicios, muriendo en 1708 con visos de santidad. Boudon, arcediano de Evreux, terminó de la misma manera en 1702 una vida enteramente consagrada á la gloria de Dios y á las ventajas del prójimo. En la abadía de San Victor en París, Simon Gourdan llevaba la vida de un trapista y asociaba á los ejercicios de la penitencia, el espíritu interior, la humildad y el hábito de la oracion. Estendíase su reputacion á larga distancia y venian á consultarle sobre las cosas de Dios y á so-



licitar una parte de lo que demandaba en sus plegarias; hasta creian que tenia conocimiento de las cosas ocultas. Atribuyéronle milagros y algunos han creído que, por una providencia especial, su vida y su muerte coincidió con la vida y muerte de otro hombre, el cual no habia tomado como Gourdan el partido de la sumision á la Iglesia, y á quien atribuian la ilustracion de su tumba con milagros, cuya ridiculez y falsedad haremos ver. Creyóse que con esto habia querido Dios oponer la verdad á la impostura, y la verdadera santidad, que no reside sino en la sumision á la autoridad legítima, á la santidad muy sospechosa de un hombre de partido y refractario. El abate de la Bastie, canónigo de Dons; el abate Mathon, capellan de las carmelitas de Amiens, el abate Grignon de Montfort, misionero, han merecido bien que se diese al público su vida; por quanto en ella se manifiestan dos ministros animados de celo y piedad. Carlos Viani se hizo célebre en Provenza por sus misiones y su vida penitente: feneció en el seminario de Aix en 1706. Seria nunça acabar como quisiere enumerar á todos los eclesiásticos que honraron su caracter con resplandecientes virtudes. ¿Hablaré de los legos? Tendria que nombrar príncipes, señores, magistrados, mugeres de nombres los mas esclarecidos. La corte y el pueblo cuentan personajes de un rango eminente entregados á obras buenas. La piedad estaba tenuta en auge y hasta la reverenciaban aquellos mismos

que no la practicaban. Podian olvidarse las reglas, mas nadie las combatia. Los ministros de la Iglesia estaban en posesion de la consideracion que les es debida. Reinaba entre ellos afortunada armonía, la cual servia al buen éxito de su sagrado ministerio; así que, veian á los fieles aplaudir su celo en vez de murmurar contra él, y contribuir á la consolidacion de sus efectos por su respeto y docilidad.

El soberano era el primero en dar el ejemplo; y era muy regular, como quisiese, que la corte practicase otro tanto. Tiempo hacia que habia renunciado á esas ocupaciones culpables que habian estraviado su juventud; y cuyos objetos se habian ya condenado á las lágrimas del arrepentimiento y á las espiaciones de la penitencia. Madama de Lavalliere y madama de Montespan vivian aun, pero vivian en el retiro y practicando la piedad. La primera habia abrazado las austeridades del carmelo y las sostenia con valor. La otra no habia profesado; mas permanecia en una comunidad, donde se consagró completamente á Dios y á los pobres. Eran entrambas un grande ejemplar á los ojos del mundo, testigos de sus escándalos, puesto que aprendia de esta manera á expiarlos. Luis XIV no se contentaba con desprenderse de sus pasiones, sino que mandaba respetar la virtud; no hubiera soportado ni la publicidad del vicio, ni las mofas de la religion. Hasta en los dias de sus mayores estravíos ya habia siempre reverenciado la religion,



y por lo mismo debia hacerlo entonces con mas ahinco, puesto que ella habia recobrado sobre él todo su imperio. Así pues, quiso que la religion fuese honrada y se vanagloriaba de contribuir á ello. La mas escrupulosa atencion presidia las elecciones para los beneficios, pues á sus ojos estas elecciones eran actos de religion. Reservábalos para las mayores fiestas del año, para los dias que consagraba á los ejercicios de piedad y á la participacion de misterios santos. Preferia para los destinos de su gobierno á los que le pareciesen mas religiosos; yo sé bien que lo han reconvenido por haber favorecido con esto la hipocresía y haber hecho malísimas elecciones. Sin duda pudo engañarse Luis, puesto que no era infalible; mas ciertas atinadas elecciones deberian compensar las que le han echado en rostro de una manera tan dura. En cuanto á la hipocresía, de cuyo estímulo le acusan, puede decirse que semejante imputacion no está de ningun modo bien fundada. Si, durante el reinado de un príncipe virtuoso, los que no lo son lo fingen ser para adularlo, ¿á quien deben dirigirse las reprensiones, á él, ó á ellos? Los abusos que los cortesanos hacen por lo comun de las buenas calidades de un príncipe, condenan justamente estas calidades ¿y porque le engañen es necesario absolutamente que él no tenga razon?

Luis XIV era sinceramente religioso, pues lo era por conviccion y sentimiento. Honraba á los mi-

nistros de la Iglesia, y se conservan muchas de sus cartas á los Papas. Llenas están estas cartas de espresiones y señales de una adhesion que asombraria por ser de un monarca joven y altivo. Hé aquí como escribia á uno de los predecesores de Clemente XI: *Vuestra Santidad puede muy bien vivir segura de que en lo sucesivo una de mis mas serias y mas dulces aplicaciones será complacerla en todo lo que á mi alcance estuviere, y no olvidar nada que dependa de mí para atestiguar mi devocion á la santa Sede, y contribuir tambien á la gloria de su nombre; lo digo en el alma, y las obras harán ver la verdad de mis sentimientos.* Hállanse en sus obras en seis volúmenes, impresas en 1806, otras cartas dirigidas al mismo pontífice, que no son menos afectuosas. Hay algunas dirigidas á Bossuet, á madama de Lamoignon, no teniendo mas objeto que recomendarse á sus plegarias. Escribió al obispo de París únicamente para empeñarle á ver al duque de Rohan, moribundo á la sazón, y disponerle á un fin cristiano. Hallábase entonces en el ejército, y aun consagraba allí parte de su tiempo á estas ocupaciones. Tambien obligó al rey de Dinamarca á proteger á los católicos de sus Estados. Con igual motivo escribió á los magistrados de Hamburgo, y mas de una vez solicitó, llevado de esta mira, al rey de Inglaterra. Carlos II. trabajando mucho para fortificar la inclinacion de este príncipe hácia la religion cristiana. Habia á la par enviado al Portugal al abate de Bcurzeis, únicamente para empeñar á de Schomberg, el cual